

BEATUS ILLE

Horacio, *Epodo II* (Beatus ille...)

Dichoso el que alejado de los negocios y libre de toda usura, como los primitivos mortales, trabaja los paternos campos con bueyes de su propiedad; ni le despierta en el campamento el aviso de la cruel trompeta, ni le intimidan las borrascas del iracundo mar, y evita por igual los pleitos del foro que los soberbios umbrales de los ciudadanos poderosos.	5 10
Ya liga los crecidos sarmientos al tronco de los altos álamos, ya contempla vagar sus rebaños de vacas mugidoras en el angosto valle, o corta con la podadera las ramas inútiles injertando otras mejores, o conserva la miel de sus panales en limpias ánforas, o trasquila las ovejas enfermas.	15 20
Pues cuando el otoño levanta en los campos su cabeza coronada de frutos sabrosos, icómo se regocija cogiendo la pera injerta <injertada> y la uva que desafía el color de la púrpura, para ofrecerlas a ti, Priapo, y a ti, padre Silvano, que guardas los linderos!	25 30
Ora se recuesta a la sombra de vieja encina, ora sobre la grama de fuerte raíz, mientras las cascadas se precipitan de las altas rocas, las aves gorjean en la selva y murmuran las linfas que manan de las fuentes, invitando al dulce sueño.	35 40
Mas así que el tonante Jove nos trae las nieves y las lluvias del invierno, persigue con la jauría de perros al cerdoso jabalí, precipitándolo en la oculta trampa, o con horquilla ligera extiende las redes donde han de caer los voraces tordos, o prende en el lazo la tímida liebre y la grulla extranjera, premios que recompensan sus afanes.	45 50

¿Quién no olvidará con estos ejercicios los sinsabores
 y zozobras que el amor acarrea?
 ¡Y qué placer si la púdica esposa cuida por su parte
 de la casa y los tiernos hijos, 50
 cual la Sabina o la mujer
 del recio habitante de Apulia,
 tostada por el sol, y con leños secos enciende el hogar
 a la llegada del varón fatigado,
 encierra en la urdimbre de zarzas las cabras triscadoras, 55
 ordeña sus ubres llenas,
 saca de la tinaja vino mulso de aquel año
 y le adereza la mesa con viandas no compradas!
 No me agradarían más las ostras del Lucrino,
 el escaro ni el rodaballo, 60
 si la borrasca movida por el Levante
 los dirige a nuestros mares;
 ni la gallina de África o el francolín de Jonia
 serían recibidos con más placer
 en mi vientre que la aceituna 65
 cogida de las ramas rebosantes,
 la hierba del lampazo que crían las praderas,
 las malvas tan saludables al cuerpo enfermo,
 la cordera sacrificada al dios Término
 y el cabrito arrancado a los dientes del lobo. 70
 Entre estos manjares, ¡qué hermoso es ver cómo
 vuelven a su casa las ovejas repastadas,
 cómo traen el arado al revés,
 sobre el lánguido cuello, los bueyes desfallecidos,
 y los esclavos, enjambre de las casas ricas, sentados 75
 en torno a la fogata brillante del hogar!»
 Apenas habló así Alfio, el usurero,
 dispuesto a hacerse rústico,
 a mediados de mes recoge todo su capital,
 y vuelve a prestarlo a principios del siguiente. 80

(Trad. Germán Salinas)

Marqués de Santillana, *La comedieta de Ponza* (Habla la señora infanta doña Catalina quejándose de la Fortuna, y loa los oficios bajos y serviles. Estrofa XVI ss.). Texto extraído de Antonio del Rey Briones, *Antología de la poesía medieval*, Madrid 2006.

(...) “¡Benditos aquellos que con la azada,
sustentan su vida y viven contentos,
y de cuando en cuando conocen morada
y sufren pacientes las lluvias y vientos,
pues éstos no temen los sus movimientos,
ni saben las cosas del tiempo pasado,
ni de las presentes se hacen cuidado,
ni las venideras do han nacimientos.

¡Benditos aquellos que siguen las fieras
con las gruesas redes e canes ardidos,
e saben las trochas e las delanteras
e hieren con arco en tiempos debidos,
pues éstos por saña non son conmovidos,
ni vana codicia los tiene sujetos;
no quieren tesoros ni sienten defectos,
ni turban temores sus libres sentidos.

¡Benditos aquellos que cuando las flores
se muestran al mundo, engañan las aves,
y huyen las pompas y vanos honores,
e alegres escuchan sus cantos suaves.
Benditos aquellos que en pequeñas naves
siguen los pescados con pobres traínas,
pues éstos non temen las lides marinas,
ni cierra sobre ellos Fortuna sus llaves”.

Fray Luis de León, “Oda a la vida retirada”

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido; 5

que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio Moro, en jaspe sustentado! 10

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera. 15

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado;
si, en busca deste viento,
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado? 20

¡Oh monte, oh fuente, oh río!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!

Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso. 25

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero. 30

Despiértente las aves
con su cantar sabroso no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido. 35

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo. 40

Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto. 45

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura. 50

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo. 60

El aire del huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido. 65

Téngase su tesoro
los que de un falso leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo¹ y el ábrego² porfían. 70

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena

¹ Un viento de levante o poniente, según la situación geográfica.

² Viento de sudoeste que trae lluvias.

confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía. 75

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta, y la vajilla,
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada. 80

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrazando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando. 85

A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado. 90